

1-VI-89

Especie de Ángel Guardián de Países Menores

La Futilidad de la Intervención

- ★ El Principio ha Actuado Contra EU en Todo el Mundo
- ★ La URSS Acaba de Experimentarlo "en Carne Propia"
- ★ Conviene a México Tenerlo en Cuenta la Próxima vez

LORENZO MEYER

La próxima vez que al gobierno mexicano le dé por expresar su opinión, o incluso intervenir discretamente (con buenas intenciones) en los asuntos de los países centroamericanos o de Panamá por sentirse potencia media como fue el caso antes, o ahora para no destruir el "espíritu de Houston" (la supuesta amistad entre Bush y Salinas que surgió de su encuentro en esa ciudad tejana), le conviene tener en cuenta que las posibilidades de éxito de la intervención directa y general de un país en los asuntos de otro son muy pocas.

Hoy más que en el pasado, el principio de la no intervención está siendo defendido en América Latina y el resto del mundo periférico, no por la fuerza del derecho, sino por una especie de ángel guardián al que podemos llamarle, a reserva de un mejor nombre, el principio de la inviabilidad o futilidad de la intervención.

La efectividad del principio al que me refiero —el de la inviabilidad de la intervención de una potencia mayor en los asuntos internos de una menor— se puede comprobar con los fracasos recientes de Estados Unidos

1-VI-89

en Cuba, Nicaragua, El Salvador y, últimamente, Panamá, y eso por lo que a América Latina se refiere. Fuera de nuestro continente, el mismo principio ha actuado en contra de los intereses estadounidenses en Irán, Libia, Líbano y desde luego y sobre todo, en Vietnam.

Pero el principio es universal y no afecta exclusivamente a Estados Unidos. La Unión Soviética acaba de experimentar, en carne propia el fracaso de su proyecto intervencionista en Afganistán o en sus pasadas experiencias con Yugoslavia o Egipto, para mencionar sólo un par de ejemplos. Para redondear el argumento, la experiencia muestra que la inviabilidad del intervencionismo no se reduce únicamente a las relaciones entre las grandes potencias y el mundo periférico, sino que también regula las relaciones entre los propios países periféricos. Así, Israel debió abandonar Líbano sin haber logrado el triunfo de la facción que apoyaba en la cruenta guerra civil que desgarró a ese país. Vietnam, tras perder 28 mil soldados, se ha tenido que empezar a retirar de Camboya sin haber logrado acabar a las fuerzas genocidas del Kmer Rouge. Los cubanos están resignados a dejar Angola sin haber puesto realmente fuera de combate a sus enemigos, las guerrillas de UNITA. En Namibia, Sudáfrica lleva 23 años en conflicto con las fuerzas insurgentes; cuando en un futuro próximo sus tropas se retiren de ese país ahí estarán los enemigos a los que siempre vencieron militarmente pero no políticamente: las fuerzas del SWAPO.

En fin, para qué seguir, con los casos mencionados se puede apreciar la enorme dificultad que enfrentan quienes pretenden controlar desde el exterior las variables fundamentales del proceso político de un país cualquiera, aunque sea pequeño y subdesarrollado.

★

Conviene hacer una aclaración antes de seguir adelante. Para los propósitos de este artículo, intervención no es el hecho casi

cotidiano de un país o potencia que trata de influir en un solo aspecto específico y limitado de otra sociedad nacional, sino el esfuerzo concertado del gobierno de un país para determinar el proceso político global de otro.

Hay algo desagradable en el principio de la inviabilidad de la intervención directa de un país más fuerte en los asuntos internos de otro aparentemente más vulnerable, y es que dicho principio funciona independientemente de consideraciones éticas. Es aceptable e incluso reconfortante ver cómo países tan pequeños y débiles como Vietnam o Afganistán hacen morder el polvo a las grandes potencias imperiales. Sin embargo, fuera de los gobiernos de China y Estados Unidos que lo apoyan, a muy pocos nos hubiera disgustado que los vietnamitas si hubieran acabado ya con Pol Pot y su pandilla de asesinos patológicos en Camboya. Igualmente reconfortante hubiera sido que la intervención externa en el Líbano hubiera puesto fin a la carnicería indiscriminada que tiene lugar en ese otrora oasis de tranquilidad, prosperidad y convivencia pacífica de las religiones. Desgraciadamente las razones que explican la inviabilidad de la intervención, funcionan con una notable indiferencia moral.

En contraste con el principio jurídico de la no intervención, el de la inviabilidad de la misma no está asentado en esa zona tan poco confiable del "deber ser" y la moral internacional, sino en la firme roca del reino de lo que efectivamente es: en la complejidad de las variables políticas, económicas, sociales y culturales nacionales. Ningún programa de computadora puede captar plenamente esta complejidad, y por tanto nadie puede predecir con seguridad cuál será su comportamiento frente a una intervención. En realidad es relativamente fácil para cualquier potencia iniciar su intervención en los asuntos de otro país con menor poder. Sin embargo, resulta que la complejidad del tejido social y político del país intervenido no está en relación di-

recta a su riqueza o pobreza material, a su fuerza o debilidad militar. Y es justamente por ello que resulta extremadamente difícil para el intervencionista, incluso si éste es rico y fuerte, controlar el resultado final de su acción. Con frecuencia los resultados son opuestos a los buscados, o al menos son unos que ninguno de los actores deseó.

★

Nadie duda que el gobierno norteamericano tenga la capacidad de tomar Panamá en un santiamén. Eso es fácil lo difícil es como salir. Si las fuerzas de defensa panameñas resisten, ¿en base a qué justificaría el intervencionista los muertos propios y ajenos?, y si la resistencia les prolongase? ¿un gobierno creado bajo la ocupación norteamericana sería estable cuando ésta terminara? ¿quién y cómo habría de financiar la recuperación económica de un Panamá tomado por los norteamericanos y manejado por colaboracionistas? ¿cuál sería la reacción de los diferentes sectores panameños y el resto de América Latina ante una ocupación militar y una posible resistencia de algún sector nacionalista? En realidad, ya en este momento, sin invasión, el Presidente Bush se ha metido en una situación difícil, pues si el general Noriega no pierde pronto su control sobre el gobierno panameño, Estados Unidos quedará en ridículo por no ganar una lucha política que es de entrada singular por lo desigual. Y el ridículo le llegará, de rebote, a México, cuya cancillería en un acto de entusiasmo por la ética ya se comprometió con la condena moral de un general al que ese tipo de condenas le tienen sin el menor cuidado y no le hacen mella.

A diferencia de lo que ocurre con los principios o leyes de las ciencias exactas o naturales, éste que aquí se discute —el de la inviabilidad de la intervención— no es realmente universal, tiene excepciones como todas las leyes sociales. Y estas excepciones son justamente las que despiertan el entusiasmo y la

1-VI-89

imaginación de los intervencionistas. Los pocos éxitos de la intervención son el cebo con el que se inician los fracasos. Estados Unidos, por ejemplo, intervino para impedir que tuvieran éxito los procesos reformistas y nacionalistas en Guatemala en los años cincuenta, en la República Dominicana en los setenta, y en Granada en los ochenta. Bueno, hay que reconocer que en el corto y mediano plazo, los norteamericanos lograron su objetivo en Dominicana y Granada, y en menor grado en Guatemala, pues ahí la guerra sucia continúa a un bajo nivel después de treinta años de que la CIA y la reacción guatemalteca derrocaron al Presidente Arbenz. La Unión Soviética logró en el corto plazo los objetivos que se propuso al imponer por la fuerza sus soluciones en países que prácticamente eran territorio ocupado: Hungría y Checoslovaquia, pero últimamente con Polonia le ha entrado la cautela.

La complejidad y futilidad del intervencionismo es algo que los mexicanos deberíamos tener siempre muy presente, pues México tuvo el dudoso honor de ser uno de los primeros países que frustró los esfuerzos intervencionistas europeos y norteamericanos en las naciones periféricas. Napoleón III logró establecer la presencia francesa en Indochina, pero su proyecto de crear un Estado satélite en México fracasó rotundamente. En 1913 la administración del Presidente Taft por medio de su embajador buscó restaurar la disciplina social que había roto temporalmente el maderismo mediante el apoyo entusiasta al golpe militar de Victoriano Huerta; el resultado fue exactamente el opuesto: la acción del ejército contra el presidente constitucional abrió la puerta a la verdadera revolución. Poco después, el Presidente Wilson intentó manipular a los huertistas y a sus enemigos constitucionales para establecer un gobierno moderado; no logró su objetivo pero en cambio Carranza manipuló

a la intervención norteamericana para volcar en su favor la fuerza del nacionalismo mexicano y consolidar su victoria sobre la reacción y el resto de las facciones revolucionarias.

La capacidad del Presidente Venustiano Carranza para frustrar los intentos intervencionistas es realmente ejemplar, y muestra de manera palpable que no se necesita ser fuerte en los términos convencionales —el Estado mexicano estaba desintegrado, la economía en ruinas y el ejército constitucionalista apenas si podía considerarse tal— para frustrar las políticas intervencionistas. Sólo se necesita inteligencia, una fuerte voluntad política y una buena dosis de suerte. El carrancismo aprovechó con maestría ejemplar la fuerza de la debilidad y basándose en la inviabilidad de la intervención enunció su interpretación estricta de la doctrina de la no intervención, que ha sido uno de los mejores legados a los gobiernos que le sucedieron.

Si las consideraciones anteriores son válidas, entonces se puede concluir que la defensa de la no intervención tiene una base de realidad muy sólida. El principio jurídico en realidad contribuye a aumentar la posibilidad de éxito del otro principio, el realista: el de la inviabilidad de la intervención. En función del interés histórico de México —interés que no es del pasado sino sobre todo del futuro— y del realismo, no debemos hacer nada que debilite el principio de no intervención. Hoy entre la Casa Blanca y Los Pinos se encuentra el "espíritu de Houston", pero desafortunadamente ese espíritu es algo circunstancial. Podemos apostar que inevitablemente, más temprano que tarde, volveremos a tener alguna diferencia sustantiva con el gobierno norteamericano, y para entonces el principio jurídico de la no intervención debe estar listo para auxiliar al otro, al realista, y del que es parte integral: el de la inviabilidad de la intervención.